

Los distintos tiempos de la ciudad. El caso de Corrientes

LANCELLE, Anna
annalancelle@yahoo.com.ar
CEHAU, UNNE

Resumen. Toda ciudad lleva consigo los signos de los tiempos que la han conformado, éstos pueden coincidir linealmente o trascender la cronología convencional a través de la cual puede leerse.

A partir de textos de índole teórica que aborden el tema del tiempo, más allá de la mera diacronía, se intentará comprender la coexistencia en la ciudad de Corrientes de diferentes tiempos aun en la actualidad.

Además de exponer un instrumento interpretativo basado en una visión más filosófica que urbana, el presente trabajo pretende poner en evidencia las implicancias actuales de esta coexistencia, en especial en aquellas cuestiones relacionadas con la memoria, y la identidad.

Introducción

Toda ciudad lleva consigo los signos de los tiempos que la han conformado, éstos pueden coincidir linealmente o trascender la cronología convencional a través de la cual puede leerse.

A partir de textos de índole teórica que aborden el tema del tiempo, más allá de la mera diacronía, se intentará comprender la coexistencia en la ciudad de Corrientes de *diferentes tiempos* aun en la actualidad.

Además de exponer un instrumento interpretativo basado en una visión más filosófica que urbana, el presente trabajo pretende poner en evidencia las implicancias actuales de esta coexistencia, en especial en aquellas cuestiones relacionadas con la memoria, y la identidad.

Tiempo

Si quisiéramos hacer un panorama de la imagen de la ciudad de Corrientes *a través* del tiempo, deberíamos hablar en principio de etapas bien diferenciadas que se corresponden con lo que podemos denominar *evolución de la ciudad*: una primer etapa colonial desde el siglo XVI al XVIII en la que la ciudad es apenas algo más que un puñado de casas bajas de aspecto *grisáceo*, al decir de los viajeros que se acercaban a estas tierras, otra de consolidación de la trama durante el XIX donde los roles de cada área se van estableciendo y la fisonomía general es el producto del intento por emular a las grandes urbes, casas siguiendo el delineamiento de la trama con fachadas-tapa que configuran una ordenada línea de edificación, tecnología de ladrillo cocido asentado en barro, configuración de espacios verdes y de recreación, mínimas infraestructuras, tareas de arbolado, incorporación al sistema ferrocarrilero con vías de entrada y salida a la ciudad.

Ya en el siglo XX, las intervenciones se suceden más rápidamente dejando huellas mucho más profundas como la construcción de la costanera en la década del 20, los planes nacionales de vivienda en las décadas del 40 y 50, la etapa desarrollista y la construcción de equipamiento a gran escala como el Aeropuerto, el último período militar durante los

años 70 y 80 con la consecución a mayor escala de los Planes FONAVI y el Barrio 1000 Viviendas, esto último significó, como ideario, el coletazo de la época funcionalista, para llegar a la década del 90 con la expansión de la ciudad sin infraestructura mínima, viviendas sin servicios, arbolado y cuestiones histórico-culturales desatendidas. Durante los últimos años, quizá la obra de mayor envergadura haya sido la Costanera Sur, con la extensión del frente de río que ello significó, único crecimiento pautado de algún modo ya que la ciudad fue extendiéndose casi espontáneamente sin que hubiesen estrategias que guiaran este crecimiento.

Ahora bien, este trabajo parte de la premisa que para cualquier intervención en la ciudad, es indefectible conocer sus características socio-culturales y ambientales, pero además lo que se puntualiza, es que ese conocimiento no deviene sólo de un saber histórico cronológico, instituido por los textos especializados que se posicionan como norma a seguir, aquí se aboga más por un conocimiento asociado a lo que podríamos llamar memoria *hiponóetica*, más cercano a la tradición no formal y que comprende al *tiempo* no como una estructura lineal histórica, donde una época sucede a otra instaurando un indeclinable progreso, lo que denominaremos memoria *noética*, sino como un continuum percibido a través del *ensanchamiento* del *ahora*.

Dice al respecto Agustín García Calvo: “Tenemos para el caso, lo primero, que distinguir dos clases de memoria. Una de ellas, visual, ideativa, o con la metáfora ya usual, fotográfica; en fin, sometida a las facultades de ideación o concepción, de modo que con ella recuerdo lo que tengo sabido y sé lo que recuerdo. (...) La otra es una memoria que ante todo se define negativamente, diciendo que carece de esas condiciones: no es visual o ideativa o fotográfica, en el sentido que no proporciona imagen fija conjunta de los datos; con ella puedo recordar cosas que no tengo sabidas, que incluso no he sabido nunca en sentido estricto; y no puedo decir que sé lo que estoy recordando, si a posteriori no lo reduzco a una idea de sí mismo. Sólo peligrosamente puedo también caracterizarla de modo positivo, diciendo que es secuencial (incluso rítmica), fluctuante; sensible, pero inasible; inconcebible.” (García Calvo, 1998: 8-9)

La noción a la que aludimos entonces, lejos de referirse a la sucesión convencional cronológica

que origina una separación de las vivencias en pasadas, presentes y futuras, abrevia en lo explicitado por Bergson en textos como *Materia y memoria*, *La evolución creadora*, *La energía espiritual* y *El pensamiento y lo moviente*, entre otros. El tiempo será para este autor ese instante dilatado que envuelve a la vez lo presente, lo pasado y lo futuro.

La cuestión es; ¿por qué es necesario acudir a esta concepción del tiempo? Diremos en principio, que lo que se sostiene es que coexisten en la ciudad de Corrientes, muchas otras Corrientes que aun siendo relativas a un tiempo cronológico determinado que incluso puede ser fechado, se hacen ver en este presente, se actualizan cada vez que alguien tiene la potencia de desvelarlas. Pero, ¿quiénes, cómo y en qué circunstancias, pueden aprehender estos tiempos simultáneos?

En su libro de 1934, “El Pensamiento y lo Moviente”, Bergson dejará expresada su teoría del tiempo y por tanto de historia: “Nuestra conciencia nos dice que cuando hablamos de nuestro presente pensamos en cierto intervalo de duración. ¿Qué duración? Es imposible fijarla exactamente; es algo demasiado fluctuante. Mi presente, en este momento, es la frase que pronuncio. Pero es así porque me place limitar a mi frase el campo de mi atención. Esta atención es cosa que puede alargarse y reducirse, como el intervalo entre las dos puntas de un compás. Por el momento las dos puntas se separan justamente lo bastante para ir del comienzo al fin de mi frase; pero si se me antoja alejarlas más, mi presente abrazará, además de mi última frase, aquella que la precedía: habría bastado adoptar otra puntuación”. (Bergson, 1972: 125)

Según esto, lo que usualmente denominamos *presente* es lo que coincide con el campo de mi atención actual. Esto le permite a Bergson llegar a una conclusión; la distinción que hacemos entre nuestro presente y nuestro pasado es si acaso no arbitraria, por lo menos relativa a la extensión que puede abarcar nuestra atención a los intereses útiles de la vida. Por tanto, todo aquello que deja de interesar para la acción, cae irremediabilmente en lo que denominamos pasado.

Sin embargo, la atención puede relajarse de tal modo, y he aquí parte del mecanismo, que llegue a independizarse de los fines prácticos. “Desde entonces nada nos impide llevar tan lejos como sea posible, hacia atrás, la línea de separación entre nuestro presente y nuestro pasado. Una atención a la vida que fuera suficientemente fuerte y suficientemente desprendida de todo interés práctico, abrazaría así en un presente indiviso la entera historia pasada de la persona consciente...” (Bergson, 1972: 125-126)

Se plantea entonces la diferencia entre el modo de conocer y por tanto de aprender, positivista basado en la inteligencia, que opera en la *memoria noética*, y el modo de conocer a partir de la intuición que coincidiría con la *duración* y que actúa a nivel de la *memoria hiponoética*. “Apresurémonos entonces a decirlo: un método que se propone sólo se hace comprensible si se aplica a un ejemplo. Aquí el ejemplo estaba enteramente hallado. Se trataba de apoderarnos de la vida interior por debajo de la yuxtaposición que efectuamos de nuestros estados

en un tiempo espacializado. La experiencia se hallaba al alcance de todos; quienes quisieran hacerla no tendrían dificultad en representarse la sustancialidad del yo como su duración misma. Es, decíamos nosotros, la continuidad indivisible e indestructible de una melodía donde el pasado entra en el presente y forma con él un todo indiviso, que queda indiviso y aun indivisible a despecho de lo que se le agrega a cada instante o más bien gracias a lo que se le agrega. Tenemos la intuición de él; pero en cuanto buscamos una representación intelectual, alineamos sucesivamente, como las perlas de un collar, estados que se han vuelto distintos, y que entonces requieren, para mantenerlos unidos, un hilo que no es este ni aquel, nada que se parezca a las perlas, nada que se parezca a cualquier cosa que sea, entidad vacía, simple palabra. La intuición nos da la cosa de la cual la inteligencia no apresa más que la trasposición espacial, la traducción metafórica”. (Bergson, 1972: 69)

Lo que Bergson llama *duración*, sólo puede hacerse presente en una *intuición*. El intelecto, no logrará apresarla, al intentar comprenderla, la inteligencia sólo la transformará en una sucesión encadenada de acontecimientos. Así, por ejemplo, cuando somos conscientes del pasado histórico, el cual nos sentimos obligados a respetar, a nivel de la *memoria noética*, lo normal es que más que facilitárenos la labor de creación, en un entorno comprometido patrimonialmente en los casos más complejos, se la condicione hasta el límite de ofrecernos sólo dos alternativas posibles: mimetizarnos con él o negarlo rotundamente ante la presión que ejerce sobre la labor proyectual.

Siendo la *duración* aquella comprensión del tiempo, y por tanto de historia, útil a la vida, entendiéndose que el modo de lograr esta comprensión es a través de la *intuición*, y sabiendo que a ella se llega sólo por un desprendimiento de la atención a lo urgente de la vida, a las fijaciones prácticas que habitualmente hacemos en nuestro diario vivir, diremos que el procedimiento al que deberíamos tender se parece mucho a la *desatención* o visión no utilitaria del artista: “...porque el artista que sueña menos en utilizar su percepción percibe un mayor número de cosas.” (Bergson, 1972: 112-113)

Signo

Por lo antes explicitado, este tiempo casi inabordable, *devenir* ilimitado, no puede aprehenderse por ninguna explicación conceptual, ni tampoco por representaciones abstractas. Se trata de un proceso de *aprendizaje* o de *lectura* que no procede por leyes o por conceptos dados a priori, sino por *signos*.

El *signo* es el efecto de un cuerpo sobre otro (la ciudad sobre el hombre, por ejemplo). Es *efecto*, *huella*, *traza*, *rastro* que implica la naturaleza de su causa (naturaleza de la ciudad, del tiempo propio de la ciudad, de los materiales que la configuran...) pero que no la explicita, no la hace evidente y demostrable (no es la transcripción literal de la ciudad ni de un momento determinado) las posibles causas se encuentran enrolladas, implicadas en el signo sin ser éste su *representación*.

Se trataría entonces de localizar tendencias,

inclinaciones, huellas o rastros del choque de cuerpos en la ciudad que develarían esos otros tiempos coexistentes y latentes en ella. Se trataría de comprender la naturaleza del tiempo propio de *cada una de las ciudades* que coexisten en la ciudad. Tiempo propio que sin dudas tendrá que ver con su devenir histórico, pero que en absoluto se corresponde con las trasposiciones lineales de una o varias épocas a la actualidad.

Dicho de otro modo, la cultura, el ambiente, el paisaje de una determinada época deja su impronta en la ciudad. Es, en términos de Spinoza¹, la *substancia* que se expresa o el *expresante*, pero a su vez hay cualidades y calidades de la ciudad actual que, como *atributos, huellas o expresiones*, expresan a la substancia, estas cualidades son tan materiales como el trazado urbano o la trama formadas por las manzanas de la zona histórica, el ancho de veredas y calles o los pulmones de manzana. Sería un error, sin embargo, pensar que se trata de detenernos en las expresiones y tratar de reinstaurarlas ni aun de resignificarlas.

Para evitar caer en este equívoco, Spinoza nos brinda un tercer elemento; el *expresado*, esencia de la substancia que es expresada...

Refiriéndose a este mismo elemento, pero para el caso del lenguaje, al que denominará *acontecimiento*, Deleuze dice: "El acontecimiento no es nada de eso: no habla, como tampoco se habla de él ni se dice. Y sin embargo, pertenece hasta tal punto al lenguaje, lo frecuente tanto, que no existe fuera de las proposiciones que lo expresan. Pero no se confunden con ellas, lo expresado no se confunde con la expresión. No pre-existe, pero pre-insiste y le da así fundamento y condición." (Deleuze, 1989: 188)

El expresado es aquello que no pertenece a un tiempo determinado, no es el expresante ni es la expresión. Es un incorpóreo que, sin embargo, pertenece a los cuerpos permaneciendo implicado en ellos. El expresado insiste y subsiste en la superficie de los cuerpos que habita. Es aquello que permanece en algunas huellas de la ciudad, todas ellas absolutamente materiales, desde una trama específica con determinados anchos de calles y aceras, aromas de plantas de ciertas especies en particular como los azahares de los naranjos plantados en la vereda, la soledad nocturna de algunos espacios institucionales que por su inutilidad en estos horarios o durante el fin de semana se convierten en espacios deshabitados o intemporales, así, la Plaza Mayo o la zona bancaria y judicial. La homogeneidad de ciertas arquitecturas como las que podemos encontrar en la bajada de calle Buenos Aires, o la de la calle San Juan hacia Costanera, el aire de feria e intercambio comercial de la zona del Mercado El Piso, por sólo citar algunos, son otros tantos atributos que constituyen, que dan consistencia, a las varias ciudades que conviven en ésta, la actual, la que obstinadamente nos forzamos a llamar "real".

A modo de iniciar un paralelo con la ciudad y sus cuerpos, y siguiendo en el orden del lenguaje, definamos aquello a lo que denominamos aconteci-

miento: "El acontecimiento resulta de los cuerpos, de sus mezclas, de sus acciones y pasiones. Pero difiere por naturaleza de aquello de lo que resulta. Se atribuye también a los cuerpos, a los estados de cosas, pero no como una cualidad física: sólo como un atributo muy especial, dialéctico o, mejor, noemático, incorpóreo. Este atributo no existe fuera de la proposición que lo expresa. Pero difiere por naturaleza de su expresión. También existe en la proposición, pero no como un nombre de cuerpo o de cualidad, ni como un sujeto o predicado: sólo como lo expresable o lo expresado de la proposición, envuelto en un *verbo*." (Deleuze, 1989: 189)

Dicho de otro modo, lo expresado, aquello inmaterial que subsiste en los cuerpos que configuran la ciudad, está más cerca de los infinitivos insabidos del actuar, del movimiento, propios del devenir, que en los estados de cosas surgidos de un determinado corte temporal.

Sensible-inteligible

Nos explicamos entonces por qué la noción de tiempo que más se acerca a la *detección* de estos *expresados* es la de *duración*.

Si la duración es la noción temporal con la que debemos manejarnos, deberíamos también prestar especial atención a la *actitud* o predisposición adecuada para la detección de expresados.

Como se dijo antes, la desatención a los fines utilitarios opera al nivel de la memoria hiponóica desactivando la fijación a normas o reglas positivas y alentando en cambio la captación de ritmos, flujos y fuerzas, todos ellos de carácter corporal pero en un todo relacionados con el devenir temporal que le es propio.

Dicho de otro modo, se ha de lograr la sensibilidad necesaria como para captar estos distintos tiempos presentes en la ciudad, a través de la activación de sensores corporales que permitan destilar de las distintas percepciones actuales, su esencia o expresado.

Estas esencias se convertirán luego en la materia prima de la creación, en este caso arquitectónica y luego, urbana.

Identidad

Llegamos aquí al punto que probablemente justifique el anterior periplo. ¿Por qué toda nueva arquitectura debe, además de responder a su tiempo, contemplar todos los tiempos implicados en éste? Probablemente porque toda creación es deudora de su tiempo tanto como de aquellos que los precedieron y olvidarlo puede condenar a todo lo a *hacerse* a la vacuidad de lo superfluo, sea por indiferencia o por mimesis con su pasado.

Sin embargo, una posición como la que aquí se intenta expresar, promueve el abandonarse a las singularidades que atraviesan el espacio y el tiempo de la ciudad de manera de hacernos permeables a ellas sin intentar reproducirlas, incluso y sobre todo cuando se alegue defender así una supuesta identidad.

¹ Se alude aquí al texto sobre el concepto de expresión en Spinoza: Gilles Deleuze. Spinoza y el problema de la expresión. Ed. Mu-chnik. Barcelona, 1996.

Al respecto, algunos escritos dan cuenta de esta preocupación en otros campos. ¿Cómo tratar con el pasado o la historia, sean éstos personales o colectivos y cuál es su incidencia en la denominada *identidad*?

En una carta dirigida a Virginia Woolf, Victoria Ocampo escribe: “En todo caso, estoy tan convencida como usted de que una mujer no logra escribir realmente como una mujer sino a partir del momento en que esa preocupación la abandona, a partir del momento en que sus obras, dejando de ser una respuesta a ataques, disfrazados o no, tienden sólo a traducir su pensamiento, sus sentimientos, su visión.

Acontece con esto como con la diferencia que se suele observar en la Argentina entre los hijos de emigrantes y los de familias afincadas en el país desde hace varias generaciones. Los primeros tienen una susceptibilidad exagerada con respecto a no sé qué falso orgullo nacional. Los segundos son americanos desde hace tanto tiempo que no lo demuestran con ostentación.” (Ocampo, 1954: 107)

Y en otro texto, acudiremos de nuevo a Victoria Ocampo, dice en 1934, en ocasión de una conferencia en la “Unione Intellettuale” de Florencia: “Dante no pertenece a Italia; pertenece a todos los hombres de la tierra capaces de recibirlo. Pero Dante es Italia para todos aquellos que lo reciben. E Italia está en mí por él.

Hecha esta confesión, pasemos a la causa de uno de mis escrúpulos. Me han aconsejado que elija un tema americano. Me han asegurado —y lo comprendo perfectamente— que es lo que más podía interesar a ustedes. Pero temo defraudarles también en este propósito; pues soy sudamericana desde hace tantas generaciones que me he olvidado de aparentarlo. No siento la necesidad de disfrazarme de sudamericana; de disfrazar mis pensamientos a la sudamericana y de descubrir la América del Sur a cada instante. Esta necesidad devora, por el contrario a los sudamericanos de última hora.” (Ocampo, 1941: 291)

Es así fácilmente trasladable la situación descripta a la realidad de la arquitectura. Sólo cuando no hemos llegado a percibir sensiblemente lo propio o esencial de nuestro tiempo, esto es, de todos los tiempos imbricados en él, nos será necesario disfrazar la arquitectura con alegorías pasadas.

En la versión taquigráfica de una clase dictada en el Colegio Libre de Estudios Superiores y reproducida en el libro *Discusión*, J. L. Borges (Madrid, Alianza, 1997) leemos: “Quiero formular y justificar algunas proposiciones escépticas sobre el problema del escritor argentino y la tradición. Mi escepticismo no se refiere a la dificultad o imposibilidad de resolverlo, sino a la existencia misma del problema. Creo que nos enfrenta un tema retórico, apto para desarrollos patéticos; más que de una verdadera dificultad mental entiendo que se trata de una apariencia, de un simulacro, de un seudoproblema.

Antes de examinarlo, quiero considerar los planteos y soluciones más corrientes. Empezaré por una solución que se ha hecho casi instintiva, que se presenta sin colaboración de razonamientos; la que afirma que la tradición literaria argentina ya existe en la poesía gauchesca. Según ella, el léxico, los

procedimientos, los temas de la poesía gauchesca deben ilustrar al escritor contemporáneo, y son un punto de partida y quizá un arquetipo. Es la solución más común y por eso pienso demorarme en su examen.” (...) “...Además, no sé si es necesario decir que la idea de que una literatura debe definirse por los rasgos diferenciales del país que la produce es una idea relativamente nueva; también es nueva y arbitraria la idea de que los escritores deben buscar temas de sus países. Sin ir más lejos, creo que Racine ni siquiera hubiera entendido a una persona que le hubiera negado su derecho al título de poeta francés por haber buscado temas griegos y latinos. Creo que Shakespeare se habría asombrado si hubieran pretendido limitarlo a temas ingleses, y si le hubiesen dicho que, como inglés, no tenía derecho a escribir *Hamlet*, de tema escandinavo, o *Macbeth*, de tema escocés. El culto argentino del color local es un reciente culto europeo que los nacionalistas deberían rechazar por foráneo.

He encontrado días pasados una curiosa confirmación de que lo verdaderamente nativo suele y puede prescindir del color local; encontré esta confirmación en la *Historia de la declinación y caída del Imperio Romano* de Gibbon. Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el Alcorán, no hay camellos; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del Alcorán bastaría esta ausencia de camellos para probar que es árabe. Fue escrito por Mahoma, y Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente árabes; eran para él parte de la realidad, no tenía por qué distinguirlos; en cambio, un falsario, un turista, un nacionalista árabe, lo primero que hubiera hecho es prodigar camellos, caravanas de camellos en cada página; pero Mahoma, como árabe, estaba tranquilo: sabía que podía ser árabe sin camellos. Creo que los argentinos podemos parecernos a Mahoma, podemos creer en la posibilidad de ser argentinos sin abundar en color local.

Séame permitida aquí una confidencia, una mínima confidencia. Durante muchos años, en libros ahora felizmente olvidados, traté de redactar el sabor, la esencia de los barrios extremos de Buenos Aires; naturalmente abundé en palabras locales, no prescindí de palabras como cuchilleros, milongas, tapia, y otras, y escribí así aquellos olvidables y olvidados libros; luego, haré un año, escribí una historia que se llama “La muerte y la brújula” que es una suerte de pesadilla, una pesadilla en que figuran elementos de Buenos Aires deformados por el horror de la pesadilla; pienso allí en el Paseo Colón y lo llamo Rue de Toulon, pienso en las quintas de Adrogué y las llamo Triste-le-Roy; publicada esa historia, mis amigos me dijeron que al fin habían encontrado en lo que yo escribía el sabor de las afueras de Buenos Aires. Precisamente porque no me había propuesto encontrar ese sabor, porque me había abandonado al sueño, pude lograr, al cabo de tantos años, lo que antes busqué en vano”. (...) “Por eso repito que no debemos temer y que debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas, y no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos: porque o ser argentino es una fatalidad, y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara.

Creo que si nos abandonamos a ese sueño voluntario que se llama la creación artística, seremos argentinos y seremos también, buenos o tolerables escritores.” (Borges, 1996: 267-274)

A modo de conclusión

Según lo visto hasta aquí, la detección de los diferentes tiempos en la ciudad, permitiría intervenir desde la arquitectura, con una actitud respetuosa de lo existente, pero a la vez liberada del orden del tiempo único y convencional, lo que sólo agrega aparentes obstáculos a la actividad proyectual, y por tanto deriva en la indiferencia total al entorno construido y a la calidad ambiental que le es propia.

Por otra parte, y según se desprende de lo hasta aquí desarrollado, sólo es posible detectar esta simultaneidad de tiempos estableciendo una relación corporal con la ciudad, dejando en suspenso los prejuicios que nos condicionan desde el intelecto y la razón, incluso si éstos tienen que ver con el saber histórico específico.

Abandonarse al contacto con las cosas parecería ser el mecanismo, lo que permitiría *hacerse uno* con el tiempo. *Estar* en el tiempo, no observarlo desde fuera.

Para esta actitud, la historia no es un referente a reproducir sino un principio a seguir. Por ello; sobre la historia en general, pero también sobre la arquitectura de la ciudad de Corrientes en particular, sobre la relación que con su presente entablaron aquellas generaciones que fueron, podríamos decir: hoy no se trata de cuidar el parecido, de convertirlas en referentes, no se trata de *decir lo que dijeron*, se trata en todo caso, de reproducir su similitud, de comprender sus principios... se trata en todo caso, de *hacer lo que hicieron*.

La reflexión es entonces pensar la historia y la historia de la ciudad de Corrientes, desde la valoración hacia quienes nos precedieron en el sentir y en el hacer, desde la distinción de quienes han hecho activamente, desde el reconocimiento de quienes han entendido su propia historia, no como un modelo a imitar, sino como un principio que actualizar creativamente.

Referencias bibliográficas

- Bergson, Henri. 1972. *El pensamiento y lo moviente*. Buenos Aires, Ed. La Pléyade.
- Bergson, Henri. 1982. *La energía espiritual*. Madrid, Ed. Espasa Calpe.
- Bergson, Henri. 1985. *La evolución creadora*. Madrid, Ed. Espasa Calpe.
- Bergson, Henri. 2010. *Materia y memoria*. Buenos Aires, Ed. Cactus.
- Borges, Jorge Luis. 1996. "El escritor argentino y la tradición". En: *Discusión. Obra Completa*. Buenos Aires, Emecé Editores.
- Deleuze, Gilles. 1989. *Lógica del sentido*. Barcelona, Ed Paidós.
- Deleuze, Gilles. 1996. *Spinoza y el problema de la expresión*. Barcelona, Ed. Muchnik.
- García Calvo, Agustín. 1998. *Historia contra tradición. Tradición contra Historia*. Zamora, Ed. Lucina.
- Nietzsche, Friedrich. 1959. "Utilidades e inconvenientes de la historia para la vida". En: *Segundas Consideraciones Intempestivas*. Buenos Aires, Ed. Aguilar.
- Ocampo, Victoria. 1941. *Testimonios. Segunda Serie*. Buenos Aires, Ed. Sur.
- Ocampo, Victoria. 1954. *Virginia Woolf en su diario*. Buenos Aires, Ed. Sur.